



Paseo de la Reforma

Javier Molina Estrada / Ciencias Políticas y Sociales

I

Recuerdo el Paseo de la Reforma, el sol atravesando las hojas de los árboles, la calle —en otro tiempo invadida de automóviles— limpia como una ventana abierta.

El Paseo de la Reforma y sus estatuas caminantes; los faroles cayéndose, elevándose en el aire.

El perol, La leña. Los cerillos. Los leños como cerillos grandes, el perol del tamaño de tu cuerpo. El cuerpo que iba a arder a fuego lento. El perol repleto de agua por una lluvia momentánea.

II

El cerillo se enciende y arde la madera. El agua se mueve, tu cuerpo se sumerge, el agua danza, tu cuerpo flota, se hunde, flota. Tu cuerpo gira, tu cuerpo y el agua giran, tus senos giran como dos planetas incandescentes. Tu cuerpo y el movimiento de rotación, tu cuerpo vertiginoso ante el Paseo de la Reforma inmóvil.

Tu cuerpo arde a fuego lento.

El agua hierve, tu cuerpo hierve, arde el agua. De tus ojos, de tu pelo, de tus luces, de tus muslos nace el fuego. El agua se enciende, tu cuerpo se enciende.

Hay un incendio en el Paseo de la Reforma.

III

Espero comerte poco a poco, saborearte poco a poco, acostarte en mi lengua (alfombra que navega en plena boca). Espero que tus labios estallen y queden los pedazos, los fragmentos, el polvo de tus labios en mis dientes.

IV

¿Me estás oyendo? Me estoy cicatrizando con tu cuerpo al rojo vivo.

V

El Paseo de la Reforma es el Paseo de la Reforma a las cuatro de la tarde, con todos los días y el asfalto auestas. Los semáforos hablan con la gente y coquetean guiñando los tres ojos.

El Paseo de la Reforma está lleno de árboles, de frutos, de guitarras eléctricas con alas.

El Paseo de la Reforma... y sus estatuas caminantes.

Mis endemoniadas ganas

Señores:

Me llamo Nerón.

Y ahora tengo unas endemoniadas ganas de subirme a la azotea de la Torre Latinoamericana, a tocar mi guitarra eléctrica, a ponerme a cantar mientras arde la ciudad de México. No tengo más que meterme en ese cuarto de abajo y esperar a que desfilen decenas de números luminosos.

Lo demás es lo de menos: conectaré el cable en cualquiera de los miles de ladrones que se encuentran en la Torre Latinoamericana.

Después todo será cantar, cantar, cantar...

Cantaré mientras las llamas devoran implacables a los letreros de gas neón, mientras se queman todas las bombillas eléctricas, mientras arden las calles y los monumentos, mientras se incendian los hoteles, las parejas haciéndose el amor. Mientras los empleados corren desesperadamente, como si buscaran un pesero.

Cantaré mientras arden todos (poetas, asesinos, perros, veladores, policías, héroes, granaderos, mártires, vendedores ambulantes...

Etcétera,

Etcétera).

Cuando todo haya terminado, cuando el viento sople sólo para levantar cenizas, buscaré alguien, algo, alguna cosa viva que me perdone por tanta culpa, que me perdone a mí y a mi guitarra eléctrica, al ascensor que me llevó a la azotea, que nos perdone a todos por haber violado el Reglamento Interior del Distrito Federal.

Pero si esto no se puede, si no es posible infringir la ley, señores, por eso les consulto. Si esto no es posible me iré a la provincia, a los ejidos, a los ranchos, a los puertos. A cualquier parte.

A quedarme con mis endemoniadas ganas.

El Antropófago

Gonzalo Celorio / Letras Españolas. Facultad de Filosofía y Letras

Tenía hambre, mucha hambre: sentía como si se hubiera tragado un pájaro, y el pájaro le hubiese comido el estómago para después salir volando en medio de un eructo con su estómago en el estómago.

Se arrancó un dedo del pie y se lo comió, después se comió todo el pie (para qué caminar. Había caminado demasiado). Separó su pierna del muslo y devoró la pantorrilla, royó la tibia y el peroné. Mascó los dedos de sus manos, escupió las falanges y chupó los huesos de sus brazos. (Había mendigado mucho y seguía teniendo hambre.)

Cuando se comió la boca ya no pudo comer más.

Murió de hambre.